

## DISCURSO DE RECEPCION

Por MARTÍN RESTREPO MEJÍA

Señores académicos:

Don Enrique Alvarez Bonilla, cuya lamentada muerte fue ocasión de que me honraseis llamándome a sucederle en la Academia, fue verdadero literato, distinguido poeta, jurista y pedagogo.

La sólida ciencia que poseía encontraba cauce amplio y hermoso en la abundancia de su lenguaje y en su dominio de variados idiomas. Es cierto que la verdad claramente percibida encuentra siempre sin mayor trabajo formas precisas para manifestarse y difundirse como la luz en los espacios; pero este hallazgo es tanto más rápido y acertado, cuanto mejor se conozca esa semejanza del poder divino, que es la palabra.

Y esta virtud intelectual brilló en mi ilustre predecesor merced a largas, perseverantes y bien dirigidas labores, como lo prueban no sólo sus obras de retórica y gramática castellanas, sino también los sabios estudios con que enriqueció nuestra literatura jurídica, sus poemas originales, sus traducciones del inglés y del italiano, y numerosos escritos sobre diversas materias; todo lo cual da testimonio del alto valor del ilustre muerto, bien así como las hojas que cubren el suelo donde fue un árbol nos prueban su robustez y abundancia.

Tan lejos como me hallo de esas envidiables excelencias, grande fue la sorpresa que me causó la elección con que me honrasteis. Tras del temor de venir a sentarme en el seno de una corporación que, por su naturaleza y por los miembros que la componen actualmente, es la primera entre todas las que representan la cultura colombiana, y por sus precedentes lleva a pensar en Caro, Cuervo, Carrasquilla, Pérez, Núñez, Marroquín y cuantos fueron las más altas cumbres en esta tierra de pensadores y artistas; tras del hondo sentimiento de gratitud y confusión mezcladas que todas estas consideraciones despertaron en mi ánimo, es natural, señores, que yo me preguntase ingenuamente que vínculo encontraría la docta Academia entre aquel nombre ilustre y el de un maestro de escuela que nunca ha presumido de literato, si no fue cuando soñaba en su juventud con toda clase de ambiciones.

Y esforzándome por encontrar esa conjunción, ya que no falta nunca ni entre las frases, ni entre las ideas, ni entre las cosas, cuando se suceden unas a otras como elementos de un todo, y ya que la sabiduría de la Academia no podía perder de vista la unidad y grandezas

de sus labores, he creído encontrarla en ese pedazo de cielo en la tierra a que, tanto el señor Alvarez Bonilla como yo, prestamos siempre la más intensa y amorosa atención: el niño.

El, como yo, se entregó desde su juventud a la tarea bien desconocida de educar a los niños y a los jóvenes; buscó en ella la miel más dulce que labios humanos pueden saborear en el orden de la naturaleza; puso en su desempeño toda la luz del entendimiento y todo el fuego del corazón; por lo cual presumo que llegó no sólo al hábito, que todo lo facilita, sino al encuentro del escondido deleite que guarda esa tarea en el fondo para quienes la desempeñan con amor y constancia; deleite incomprensible para los que están dominados por otras preocupaciones, inasible para los faltos de perseverancia, no hecho para todos los paladares, y tan intenso y durable que no tiene comparación con otro alguno de la tierra.

Sólo esta semejanza existe entre los dos: sólo ella nos hace elementos análogos, ideas enlazadas, laboradores que se suceden, sillares contiguos de una misma fábrica. Lo cual me lleva a agradecerlos lo que con respecto a mí habéis hecho, no ya sólo en mi nombre, sino también en el de esa labor que habéis enaltecido considerándola causa suficiente para honrar con vuestro llamamiento a uno de sus más decididos obreros, ya que no de los más competentes.

Y en enaltecer la educación habéis dado altísima señal de vuestra sabiduría, señores académicos. De ¿qué sirve la palabra que cultiváis, el verbo humano, si no es para que, a semejanza del Verbo Eterno, saque de la nada de la ignorancia la realidad de la intelección?

Porque a los hombres hizo Dios el altísimo honor de confiarles la tarea de completar unos en otros, sucesivamente, lo que la creación en cada uno de ellos realiza cuando los llama a la existencia. Quiso que fuesen colaboradores suyos, inteligentes y libres, en el pináculo de sus obras sublimes.

Débiles en todo sentido nos hizo al nacer; pero, a diferencia de otras criaturas, que reciben de especies extrañas el auxilio necesario para su desarrollo, quiso que nosotros nos lo diésemos mutuamente, que fuésemos causas inteligentes y libres de nuestro propio perfeccionamiento. Lo cual revela dos cosas: nuestra inmensa superioridad sobre las otras especies y la necesidad que tenemos de vivir en sociedad.

Siendo sociales, es preciso que nuestras ideas y propósitos encuentren un signo con que puedan pasar de una mente a otra, ya para perfeccionarla, ya en busca de la cooperación necesaria para la obra común. Ese signo es la palabra, concreción de lo abstracto, materialización de lo inmaterial, conversión de los seres en música a través del diapason de la mente humana, pensamiento con alas que se entra por todos los resquicios del hombre y deleita los oídos, mueve la imaginación, domina la inteligencia y aletea sobre la voluntad, diciéndole: "¡Hermano, soy yo! ¡Ven!... He de morir primero que tú, es preciso que te prepares para continuar la labor en que me he ocupado algunos días: te adiestraré, te ayudaré, te daré cuanto soy para que seas más que yo... ¡Hermano, ven!..."

Y el hermano va entonces, y despliega sus fuerzas, y crece con la lucha y llega a encenderse en la luz de los vencedores.

Esta es la misión de la palabra, viajera portadora de los mundos, las órdenes y las finalidades recogidas en la idea. Ella es la alegría del espíritu humano y la fuente natural de su energía. Cierro los ojos, señores, y, si la imaginación me ayuda a cerrar también las cuatro puertas restantes de los sentidos, mi alma queda sumida en las tinieblas y el silencio; los abro, pero imagino que ningún semejante mío existe en la naturaleza, y por toda la hermosura de la creación veo dilatarse una sombra de tristeza desanimadora, el horror de la tristeza incomunicable; pero, si encuentro entonces a mi lado un rostro humano, mi ser entero se estremecerá de alegría hasta lo más hondo y mis facultades se aprestarán como soldados que oyen el alerta: todo ese mundo que está al frente y que con cuantas bellezas y misterios encierra forma un círculo que parte de Dios y vuelve a Dios; todo ese mundo concentrado en el pensamiento, en donde provocaba una marcha, sentida como imposible, hacia lo infinito, pasa ahora de una mente a otra mente por medio de la palabra, en cada una inspira confianza y despierta energías, hasta que la una dice a la otra: ¡En marcha!

Y se inicia entonces el progreso, que ha de ligar al hombre con Dios. Bastara la idea, el reflejo de Dios en nuestra mente por medio de las cosas, si todos viniésemos a la tierra en plenitud intelectual y de aliento; pero nos sucedemos en generación y somos en el principio de la vida capullos cerrados, fuerzas en germen, misteriosas crisálidas de que no surgirá la mariposa del ideal humano sino al conjuro de la palabra de quienes hayan libado ya en las flores del mundo intelectual.

Pues bien: la mente que envía a otra mente la idea provocadora de la marcha, esa es la mente educadora. Educar es desarrollar, casi crear las dormidas energías del hombre, mostrarle su destino, darles la mano en los primeros esfuerzos, habituarlas a seguir el carril que ha de llevarlas a Dios, y soltarlas luego para que tengan la gloria de continuar libremente y de dar la mano a su vez a quienes vengan atrás.

Por consiguiente, la palabra, más que como preciosa caja en que se guardan los tesoros literarios de los pueblos, más que por la hermosura y armonía que haya alcanzado en cada lengua, y más que por el deleite que su pureza y corrección producen, merece ser guardada, limpiada y esclarecida como instrumento primario e irremplazable de la educación humana, como fuente de alegría, como despertadora de fuerzas.

Todo lo demás a que sirve la palabra es accesorio. Su razón de ser consiste en que es necesaria para que los hombres podamos ayudarnos en el ascenso hacia Dios; o, lo que es igual, en que el hombre que nace necesita del hombre desarrollado para moverse y entrar con ánimo y alegría en la labor humana. Ya lo dijo Aristóteles: "Todo lo que se mueve es movido por otro."

La literatura es una de las formas que toma la palabra para llenar su misión educadora. No es que la literatura haya de ser docente;

sino que considero que su fin propio, la realización de la belleza ideal, ya porque recoge y perfecciona los elementos objetivos, ya porque despierta los subjetivos, no tiene otra razón de ser sino poner al hombre en condición favorable a su progreso. Homero y Virgilio, Dante, Shakespeare, Cervantes y todos los príncipes de las mejores literaturas han deleitado a generaciones enteras; pero mezquinas considerarán ellos mismos sus obras si sólo por el deleite hubiesen perdurado entre los hombres; si no hubiesen contribuido a pulir y robustecer los espíritus; si, además de perfumar el ambiente del camino, no hubiesen servido también para dar salud, alegría y aliento a los viandantes.

Así lo consideraréis vosotros, sin duda, señores académicos, puesto que en mí sólo habéis podido encontrar un agente de la palabra educadora. Ni idolatráis en la palabra, ni la reducís al mero oficio de deleitar la imaginación y el pensamiento: sobre la belleza y el solaz que, como todo lo bueno, produce, vosotros la reconocéis como participación limitada pero espléndida del poder creador en el hombre.

¿Qué son las cosas sino ideas divinas puestas fuera de la mente divina? Y ¿qué es la palabra humana sino ideas humanas puestas fuera del pensamiento humano? La enorme diferencia de ser aquellas subsistentes muestra cómo es de inllenable la distancia que va de la Causa Infinita a la finita, pero deja en pie la semejanza de los fenómenos.

Cierta filosofía bien conocida de vosotros afirma que la idea precede a la existencia y la crea. Pero ella, como imagen que de suyo es, presupone el ser. Y este Ser Primero lo llamamos Dios, el cual, por ser sencillamente la *existencia*, sólo excluye el no ser, la nada y los defectos, y es por lo mismo infinito y perfecto. Por lo tanto, es inteligente y copia todo su ser en una intelección perfectísima; y entonces, como idea, es imitable y crea otras existencias. De modo que las cosas son ideas-seres mientras que Dios es el Ser-Idea.

La idea divina, tan grande como el ser que refleja y como él subsistente, porque no cabe en el Ser Increado el efecto de lo accidental, es el Verbo Eterno, que, hecho hombre, se llama Jesucristo.

Idea única pero infinita, que comprende tantas cosas como son las combinaciones y modalidades que admite los infinitos aspectos del Ser Increado. Entre ellas, la más alta, sin duda, es la de criaturas semejantes a Dios en la capacidad de conocerlo; imágenes limitadas del Ser Infinito, destinadas a concebir y reflejar sus grandezas como soles a su rededor; dioses creados que, como El, tengan sobre la solidez de la existencia el cielo esplendoroso de la idea. Darles el ser es pronunciar el Verbo Eterno la palabra expresiva de la idea con que están en su mente; y, como esas limitadas inteligencias no podían recibir en el orden de su naturaleza la imagen directa de Dios, era preciso que El se les revelase, parcial y sucesivamente, en otras palabras subsistentes: las cosas.

Y el mundo fue. Aparecieron los espacios, semejadores de la inmensidad divina; los astros nos dijeron del poder y la grandeza de su Creador; la luz se difundió por los senos de los abismos, hablándonos de la inteligencia infinita; las aguas se revolviéron procelosas bajo el peso del Espíritu, y nos dieron la lección de la vida en el maravilloso

deletreo que va desde los hongos hasta nosotros mismos; los minerales, entregados a portentosa actividad, nos enseñaron la unidad de la fuerza creadora en la unidad de las fuerzas creadas; y por sobre la armonía y correlación de todos los seres se nos hizo patente la bondad inagotable con que ese magisterio de la palabra preparó nuestra felicidad.

Magisterio divino que todos estamos obligados a imitar, como colaboradores por gracia y naturaleza. Las cosas son palabras con que Dios se manifiesta a los hombres. Todas las maravillas del mundo son frases del Verbo Eterno que nos dicen lo que es el Ser de donde procedemos. Son los medios de que El se vale, en el orden natural, para educarnos, o sea para que su conocimiento nos lleve a su amor, y éste a nuestra felicidad esencial. Son camino esplendoroso, hecho de grandezas que hablan y perfumado de bondades que alientan, puesto por Dios entre El y la criatura racional. Por allí pasamos de asombro en asombro y de alegría en alegría.

De aquí que el estudio sea la más digna ocupación de los hombres. Estudiar no es prepararnos para ganar la vida, en el sentido vulgar de la frase, sino ganar la vida subiendo a la cumbre. Es realizar la perfección de nuestro destino natural. Es el estudio una oración humilde y gradual, por cuyo medio nos vamos entrando en Dios y Dios se va entrando en nosotros, mediante la palabra de las cosas. Pero, como son infinitas las perfecciones divinas que las cosas nos revelan, vamos haciendo la traducción por partes y formando así las diversas ciencias humanas; las cuales alcanzarán su perfección cuando podamos reunir las todas en una sola unidad, expresiva del objeto final del pensamiento humano: Dios.

En esa labor vuelven las cosas, pero ya en nosotros, a ser ideas o verbos mentales; y luego a semejanza de Dios las sacamos del pensamiento y les damos nueva existencia, en nuestros actos para perfeccionarnos, ora en la palabra articulada para colaborar en el plan divino de encender la idea en todas las mentes.

Y empieza el verbo humano su odisea creadora. Empieza despertando el amor, porque el amor es el espíritu santo de toda creación, el espíritu fecundo, el espíritu que se da, olvidado de sí mismo. El amor es el lazo que liga dos seres para que constituyan una frase; es la vida iluminada por la esperanza, fortificada por la fe, coronada por la alegría, encaminada a su perfeccionamiento por el bien ajeno.

Crúzanse dos palabras entre Adán y Eva, y, metida cada una en el pecho a que es enviada, dice allí mucho más de lo que fue su encargo. Mensajera locuaz, no se contenta con reflejar la idea que se le confió, sino que abre ventanas por donde se ven mundos de belleza a deseo. Y al mirarse de nuevo Adán y Eva, comprenden, sorprendidos, que han tenido una misma visión, y que de ella se son mutuamente deudores. Y se oyen coloquios incomprensibles para quien no ha recibido esa palabra creadora; la abnegación embarga los ánimos; ya no es ninguno de los dos un individuo, sino elemento, materia o forma del otro; el placer, la felicidad, la razón misma de la vida está fuera de cada uno; Adán es Eva y Eva es Adán y esta misteriosa transformación llámase Abel, el hijo, la descendencia, el género humano.

Ahora es la madre al lado de una cuna. Su pecho, encendido ya por el amor, se desborda ante ese cielo que entrevió en horas de alegría y que ha transportado a la tierra. Cuantas cosas entraron en su mente, vuelven a salir en palabras, sin más unidad que el fuego del amor, para ir a golpear en la mente del hijo; y allí aletean, y buscan entrada y triunfan al fin pintando, reproduciendo, volviendo a crear esas cosas en el espíritu amado, el cual va lentamente dándose cuenta del mundo que se refleja en su interior y de lo que ese mundo representa, y llega a su perfección cuando se dice asombrado: "¡Es Dios, el Señor Dios!"

Rara vez puede la madre coronar sola su obra. Pero hay un hombre que en largas jornadas ha encendido su cerebro con la luz de las cosas y llenado su cántaro con agua de las fuentes más puras de la montaña. Es el maestro, el educador, el continuador del milagro materno, reflector inteligente que sabe los caminos por donde la luz penetra en los espíritus y el agua fecunda la tierra; y él vacía su cántaro generosamente y concentra toda su luz sobre la planta humana. No importa que el reflector se consuma, no importa que el cántaro se rompa, no importa que el favorecido guarde o no con gratitud la memoria del benefactor ni que otras gentes alaben o censuren sus obras: la ambición del maestro es colaborar en el plan divino, y su estímulo no está abajo sino arriba. Lo que persigue es que el discípulo empiece a su vez a subir por la montaña, acumulando en su cerebro la luz y llenando su cántaro en las fuentes más puras; que quede engendrado en su espíritu, que se convierta en su hijo y sucesor.

Encendidos los pechos en fuego de amor hasta el punto de llevarlos a la creación física, intelectual y moral de nuevos seres, no reposa la palabra en su tarea de realizar la felicidad de los hombres. Ahora les dice la armonía de sus fines, la igualdad de su naturaleza y necesidad de su mutuo apoyo; con lo cual surge entre ellos el suavísimo vínculo de la amistad, ambiente que a todos reanima, que a todos completa y que hace al débil poderoso con el fuerte y al grande bueno con el humilde; nueva forma del amor, que si se eleva hasta hacer caridad, no sólo une las gentes entre sí sino con Dios, en Dios y por Dios.

La palabra es también el alma del trabajo, brazo con que el hombre acopia las cosas y las transforma en elementos de su personalidad. Ella traza el camino, dirige la marcha y da valor humano a los frutos: por ella puede el hombre extender sobre las cosas ese manto de amor que es la propiedad y hacerlas obrar como si fuesen inteligentes. Honremos el trabajo, señores, no como anhelo angustioso de placeres y poderío, sino en cuanto es la aplicación de nuestro dominio sobre la tierra para que ella, en nosotros y por nosotros, contribuya también a reflejar la grandeza y la bondad divinas.

No agotada con crear por el amor a los hombres, educarlos, unirlos y enriquecerlos, la palabra los agrupa en sociedad y los pone bajo la luz de la justicia, que es la conservadora de la libertad y del derecho. La justicia enlaza las acciones humanas de modo que el bien privado produzca la felicidad común. Así se hace amable la vida en sociedad y se forma la patria.

¡La patria! ¡La era en que se sucedieron nuestros padres, el campo de nuestras labores, el huerto donde han de florecer nuestros hijos y nietos! ¡La patria! ¡La gente que lleva nuestra sangre, que sabe de nuestra raza, que guarda con cariño y gratitud los nombres de nuestros antepasados, que nos alienta y ayuda en nuestras luchas, que defiende nuestra personalidad y nuestro hogar y nuestros bienes! Cuando la palabra expresiva de esta cosa, grande como pocas sobre la tierra, alcanza su comprensión completa en el pensamiento humano, se siente el hombre vigorizado por vínculos poderosos y ennoblecido por elevados sentimientos. Comprender y amar a la patria es empezar a sentir y realizar los más altos destinos del hombre; porque equivale a extender la personalidad a un grupo del género humano de tal modo que la propia vida sea menos que la de ese grupo y que por él se encuentre el individuo dispuesto al sacrificio; y es en esta disposición del ánimo donde el egoísmo muere y donde radica la fuerza capaz de llevarnos a buscar en el bien ajeno, en el bien de todos los hombres y la gloria de Dios, la felicidad que nunca podríamos encontrar sólo en el nuestro.

Y más aún. La palabra nos dice mejor que la realidad creada lo que son las cosas, porque la significa sin los defectos que causas secundarias casi siempre producen en ellas. El pensamiento humano que así oye la palabra concibe las cosas, no como son, sino como debieran ser; las mira en la palabra tales como están en el Verbo Divino, esplendorosas con el colmo de su perfección; y a la luz de este bello ideal se esfuerza por crearlas de nuevo, y así nacen las artes, que embellecen y alegran la vida y nos ponen al frente ejemplares de perfección.

La inteligencia del artista, más que las cosas mismas, alcanza a ver su eterna realidad ideal; a través del universo descubre las normas creadoras; en ella no tanto hablan las cosas como las mismas ideas divinas; y entonces, el éxtasis sublime, se esfuerza por traerlas en toda su perfección a la palabra humana, a la cuerda sonora, al mármol o a la tela, es un vidente, es un ser que se ha acercado a Dios, es un adelantado de la jornada humana.

De todo lo cual resulta que la palabra es el gran medio de la educación humana, irremplazable, poderoso y nobilísimo. Es el pensamiento mismo, revestido de la forma que nuestra naturaleza requiere para poderlo recibir cuando viene de otra mente a elevarnos, por la convicción y en la libertad, a la visión y al amor de nuestros destinos.

¡Ah! Pero, por desgracia, el pensamiento humano no acierta siempre a reflejar en sí con exactitud la urdimbre de las cosas en que la Verdad Eterna le dice lo que es, lo que existe, el objeto de su amor y el término señalado a su actividad. Y entonces la palabra humana, lejos de ser palabra de vida, es palabra de muerte; no luz sino oscuridad; no aquella fuerza creadora cuyas obras me he complacido en contemplar un momento, sino debilidad destructora, que hace plegar las alas del alma, enfría los corazones y desmorona las sociedades. Es el error, a cuya falsa luz va el hombre entre tinieblas, creyéndose, orgulloso, el portaestandarte del progreso; el error, que no sólo ciega a

su víctima y la lleva de abismo en abismo, apartándola cada vez más de ser reflector gozoso de la Luz Increada, sino que siembra en su corazón la soberbia, el egoísmo y la sensualidad, los tres aisladores que no dejan pasar por el individuo la corriente unificadora de la humanidad con Dios.

La palabra errónea, en vez de despertar el amor en el pecho humano fomenta la soberbia, que es desprecio, el egoísmo, que es aislamiento, la sensualidad, que es extravío. Bajo su influjo no se dirige el hombre al fin para que fue creado, sino que se contenta con los pasajeros y engañosos deleites del camino; ni contribuye a la armonía y perfección del mundo como elemento de un todo, sino que se separa como nota disonante o socio inútil y rebelde; ni ama y se guía por la justicia, templada por la caridad, sino que sólo se mira a sí mismo, como si él fuese el centro del mundo. Corrómpense las costumbres y pierden así las sociedades la hermosura del orden y los hombres la capacidad de brillar como soles; sepáranse los individuos para mirarse como adversarios y el progreso se paraliza; el odio se extiende sobre la tierra al soplo de intereses soberbios y la guerra descorre su pabellón sombrío. Vuelve el mundo al caos, se apagan las lumbreras, se extingue la vida y todo se esfuma en sombras de muerte.

Y es que la idea no sólo es para que salga de nosotros en la admirable forma de la palabra articulada, sino también para decirla en actos. No es solamente para que Dios se refleje en nosotros como el sol en las aguas tranquilas; pues además de inteligentes somos necesitados de bienes, y libres para buscarlos o no según el orden de finalidad que al conocerlos descubre la inteligencia. No es la idea perfección última del hombre sino que está encaminada a ilustrarlo para que ame lo que debe amar según su naturaleza y diga ese amor cuando hable en sus obras; porque él, como criatura, es también una palabra divina, pero palabra que expresará libremente su sentido final.

La voluntad, que es la transformación de las ideas en actos, es por lo tanto la reina a cuyo servicio se encamina el maravilloso reflejo del mundo en la inteligencia humana. Entendemos para amar, y amamos para buscar nuestro perfeccionamiento. Yerran, pues, quienes ponen el objetivo final de la educación en la ciencia, esfuerzo vano si no sirve para formar hombres que, por conocer las relaciones esenciales de su naturaleza, se acomodan a ellas libremente. Démosle a la voluntad por compañera y directora una inteligencia capaz de decirle lo que somos y lo que debemos ser, y así la humanidad presentará el bellísimo espectáculo de seres libres, que conocen su fin y vuelan a él con amor y libertad.

Han fracasado, y con razón, todos los sistemas educativos que otros fines asignaron a la educación: el fisiológico de Esparta y del moderno evolucionismo, el artístico de Atenas y de Schiller, el intelectualista de los últimos tiempos. La espantosa catástrofe que cubre hoy de ruinas y sangre a los países de Europa, y que por una y otra parte da muestras espantosas de cómo están olvidados los principios del amor y la justicia, nos dice con voces de trueno que la ciencia por sí sola es incapaz de fundar la felicidad de los hombres. Cuando la voluntad no está encendida en el amor de lo que nos perfecciona real-



mente, de nada sirve que brille el entendimiento con toda la luz de la ciencia: radicales errores lo viciarán de seguro. La falta de aquel amor tiene que provenir de que la inteligencia no alcanza a ver, por error o soberbia, las relaciones supremas; y entonces, aspirando tan sólo a los bienes de las inferiores, la codicia inspirará el odio y el odio traerá la guerra. Una voz en los cielos y en la tierra viene resonando sin que los hombres queramos entenderla: ¡El amor es la paz! “La paz os doy, la paz os dejo”, dijo Jesús después de enseñarnos el verdadero significado de la palabra amor. Y es lección en que la humanidad pondrá los ojos anegados en lágrimas después de los horrores en que hoy se consume; y, si así no lo hace, en vano seguirá buscando la felicidad en otros términos, porque ella es un bien, y, como tal, objeto de la voluntad y no de otras facultades.

Siempre lo ha enseñado así la Iglesia de Cristo, por lo cual espíritus ligeros fueron osados a tacharla de oscurantismo y de hostilidad a las ciencias, como si pudiera ser enemiga de la luz la depositaria de la verdad. No lo harán en lo sucesivo los que saquen provecho de la tremenda lección de esta guerra apocalíptica, pues reconocerán que la luz de la idea sólo produce la felicidad humana en cuanto sirve para que los actos humanos se acomoden a la palabra divina que la produjo.

Esto no sucede cuando la acción humana es fruto de una voluntad que cierra los ojos a la luz para que no la guíe la verdad sino la pasión ciega, o es dirigida por la falsa luz del error. Error en uno y otro caso que ha llevado siempre a la humanidad de catástrofe en catástrofe.

Pero no era posible que Dios dejase al hombre irremediablemente sujeto a los peligros y consecuencias del error. En su misericordia elevó al hombre a un estado sobrenatural, en que pudiese recibir y amar la verdad, no ya por intermedio de las cosas, sino directamente, y tomó la naturaleza humana para sanarla, vigorizarla y completarla, de modo que pudiese unirse con Dios en comunión inefable. ¡Y fue Jesús! Aún le podemos ver con la imaginación sobre los collados de Judea, y aún le oímos decir su palabra fecunda. Ella es piedra de toque para que el hombre reconozca el error y se aparte libremente de su influjo. Ella es luz colocada sobre las gentes para remediar la ingénita debilidad del pensamiento humano. Ella es la educadora soberana de la humanidad, no ya para que conozca y ame a Dios en sus obras, sino para que brille eternamente como firmamento de soles bajo los directos resplandores del Sol Eterno.

¡Jesucristo! ¡Qué palabra más luminosa ni en los cielos ni en la tierra! Cuando el espíritu humano quiere oír, y oye, silencioso y humilde, a Jesús, El se va entrando dulcemente, pero como soberano, y hace del hombre esos prodigios que han quedado en la historia con los nombres de Pablo, Agustín o Tomás. Crea allá adentro un palacio indestructible, adonde no entran los vientos del dolor ni los ruidos de las pasiones desencadenadas. Enciende una vida que no teme a la muerte porque su destino es embellecerse y alegrarse con los fulgores de un amor eterno. Y difunde una luz que descubre ante los

ojos del alma los infinitos horizontes de la Verdad Increada en todo el esplendor de su inagotable realidad.

Sin Jesucristo, señores, la educación humana habría sido siempre ineficaz, siempre incompleta, no sólo por el peligro del error, sino porque ella puede llevarnos a ver y amar a Dios en las cosas, pero no a verlo y amarlo en sí mismo. Sobre las alas de la palabra humana sólo va el hombre a términos finitos, porque ella también es finita y por lo mismo de potencialidad relativa. Pero sobre las alas de Jesús el vuelo llega a la realidad misma de donde todos los seres proceden, al abismo insondable del ser y la felicidad.

Cuidar de la palabra es cuidar de la verdad, o sea de la exacta comprensión de las cosas en que Dios nos dice su idea; y la idea divina es Dios mismo. De donde resulta que la palabra es cosa santa, ya por su esencia, su origen y su fin, ya por los servicios que presta; y si ella se desarrolla y florece en los labios humanos como planta llena de vida, ha de hacerlo según su naturaleza, a fin de que no pierda con su agilidad y hermosura la virtud educadora que la caracteriza. Por eso os habéis congregado, señores académicos, para coadyuvar las tareas de la ilustre Academia española, que limpia, fija y da esplendor a la palabra castellana; y por eso entro gozoso en vuestro seno, sintiendo solamente no traer las aptitudes y conocimientos que labor tan hermosa y trascendental requiere.

---

## RESPUESTA A MARTIN RESTREPO MEJIA

Por RAFAEL MARÍA CARRASQUILLA

Dos son, entre muchos, los títulos principales, que en mi humilde concepto, han abierto al señor don Martín Restrepo Mejía las puertas de esta Academia: robustos y muy bien escritos estudios de filosofía cristiana, y una labor pedagógica de largos años, en la cátedra y el libro.

Si deseabais, a propósito de la recepción de vuestro nuevo colega oír el panegírico de la ciencia informada por la fe, debisteis elegir para el discurso de contestación al que entre vosotros es saludable heredero intelectual de Rufino José Cuervo y de Miguel Antonio Caro, al que une a los laureles de filólogo, gramático y literato, los de maestro en derecho internacional y discípulo aventajado de la escuela de Santo Tomás y campeón de sus vivílicas doctrinas; al que alzó a la patria y a la religión un monumento impercedero de ciencia filosófica y teológica en el discurso sobre Jesucristo, oración que parece, por la profundidad de la materia y el brillo de la forma, capítulo que se le hubiera olvidado a uno de los Luises.

Y si vuestro anhelo era escuchar un elogio de la arte educadora en vuestro seno contáis al decano de los catedráticos de Colombia, al modesto sabio cuyos excelsos merecimientos tuve la satisfacción de encomiar en vuestra presencia, en ocasión no muy remota.